

## **“El camino” que leímos y que, ahora, debemos escribir**

Los que ya me conocéis sabéis, tan bien como yo, que no soy lo que se diría una chica de escenario; y los que no, tampoco estáis en desventaja, os aseguro que no hubierais tardado mucho en daros cuenta. ¿Que qué hago subida a uno entonces?... Bueno, es cierto que no tengo autoridad, ni formación y pensaba que tampoco tablas para estar aquí ahora, en algo ya me he equivocado, pero sí tengo un objetivo. He venido a compartir una historia que también os pertenece porque ha llegado el momento de cambiarla. [...]

La voz de Miguel Delibes retumbó en un, ahora aparentemente lejano mayo de 1975, en las paredes de la Real Academia Española de la Lengua y hoy, suena con la misma fuerza en los labios del viejo Eloy, el joven e inteligente Daniel o la resentida y reivindicativa Menchu. Son sus novelas, bajo el poder de la literatura, las que le dan voz ahora y lo harán por siempre. Son sus personajes los que recorren estos días los pasillos del colegio. Y fue su advertencia la que llegó hasta mí.

Hace poco llegó a mis manos, precisamente, el discurso que Delibes pronunció con motivo de su entrada en la RAE. Ocupada yo con mis quehaceres relegué a la estantería dicho documento en cuya portada rezaba amenazante “El mundo en la agonía”. Mas unos días después, con ojeras de larga vida y ojos de sueño, recién acabados los exámenes, dispuesta yo a rendirme al cansancio, empecé a leer aquel mensaje embotellado y así me dieron altas horas de la noche.

Delibes, siendo fiel a sí mismo y condenado por la pluma, no pudo evitar dar salida, como ya había hecho con anterioridad en sus novelas, a todo aquello que le atormentaba. Así que no, no guardó silencio ante tan distinguido auditorio, ni hablo de banalidades a todas aquellas eminencias de la lengua. Simplemente dejó que la defensa de la naturaleza y del ser humano ante el avance y la tecnología llenaran con amarga melancolía y latente esperanza su discurso. Por inevitable correspondencia, pues esto no es más que el eco de sus ideas conjugadas con las de una adolescente del siglo XXI, espero que guíen el mío de la misma manera.

Si os parece, comenzaré por la naturaleza. Como ya preveía Delibes, defenderla, se ha convertido en un cliché carente de voluntad. Somos, sin excepción, tan víctimas como culpables coincidiendo, una vez más, en lo que hay que hacer e incurriendo en lo que no. Al margen de toda estadística, en mi opinión, nada mejor que una historia real para despertar la conciencia y empezar a notar un molesto nudo en la garganta.

Cuando tenía cinco o seis años vi a mi abuelo mirar el cielo con atención cuando caía la tarde. Curiosa le pregunté qué miraba. Él se limitó a decirme que mirara y aguardase. Unos instantes después, lo que para mí fue una eternidad, vi pasar una bandada de patos en forma de v perfecta cruzar el cielo hacia la puesta de sol. Pensé entonces que mi abuelo era un domador de patos, sino un mago. (¡Bendita ingenua!) Me sacó de mi engaño diciéndome que, cada día, cuando el calor remitía, los patos se recogían y juntos buscaban su cena en un lago cercano. Ciertamente, aquellos patos volvieron a pasar puntuales al día siguiente, y con los años, seguí viéndolos pasar advirtiendo la misma magia.

Sin embargo, llegó el día en que no los vi. Lo achaqué a mi despiste, pero al día siguiente, ni poniendo la mayor atención, acudieron a mis ojos. Supe después que aquel lago, que nunca me molesté en visitar, fue contaminado y que, ahora, aquel paraje no es más que el escenario de una planta de depuración. Quiero pensar que hay otro lago que refleja sus alas en la superficie y una niña, en algún lugar, que los observa cautivada; pero daría lo que fuera por volver a verlos pasar y porque mi abuelo se marchara sabiendo que ellos, desde el cielo, también me observarán.

Imagino que algo semejante sintió Delibes cuando, como buen cazador, vio que la naturaleza que el guardaba, conocía y amaba; mutaba, forzosamente, víctima de un daño que pese a lo que se dijera y se dice, su escopeta no osaba acometer.

Por eso trato de hacernos recordar que la naturaleza nos había acogido como a una especie más, solo para convertirse en lo que hoy podemos llamar hogar. Sin pedirnos nada, nos lo ha dado todo. Incluso un valioso ejemplo que quizá valga la pena recordar ahora, y es que: pese a ser subestimada por la roca, una simple, una sola gota de agua tiene el poder de perforarla.

Coincidimos, entonces, en que, lamentablemente, el escenario está cambiando, pero el espectáculo debe continuar, debe seguir adelante. Mas eso parece depender directamente del papel que ejecuten sus nuevos actores.

Como nativos digitales, la tecnología no supone para nosotros ninguna novedad. Hay algo innato que nos hace dominarla y un vínculo que nos ha hecho depender de ella. Somos capaces de compartir estados sin importar la distancia, pero somos incapaces de mantener una mirada cercana. Enaltecemos la velocidad de la mecanización, pero alegamos no tener tiempo para nada. Juzgamos, sí, como simples cobardes que se amparan en el anonimato. Y nos desdibujamos, cada día, en perfectos avatares retocados a los que negamos toda la autenticidad que ya no necesitamos.

Que hayamos sido bautizados como la generación Z no denota optimismo ni confianza, pero ¿quién dijo que en el problema no puede radicar la solución? Delibes confiaba en las generaciones venideras, y es destacable que no se equivocó en muchas de sus predicciones sobre el futuro, ¿Por qué debería haberse equivocado tendiéndonos el testigo? Nos han subestimado por juzgar lo que somos y no lo que podemos ser. Es cierto, que llegar a conseguirlo no será fácil, quizá solos nunca lo conseguiríamos, pero no tenemos esa condena, las generaciones anteriores, aunque por momentos nos den la espalda, nos amparan, y es innegable que ahora, más que nunca, necesitamos su ayuda.

Así que valoremos, de una vez por todas, a todas aquellas personas que, sí, ganan un sueldo; pero bien, en aulas, o fuera de ellas, dedican su vida y su tiempo, es decir, aquello que no recuperan jamás, a enseñarnos: con sus conocimientos, su paciencia, y consolidándose, cada día, como un encomiable ejemplo. Mirad, recientemente me he dado cuenta de que estaba equivocada, aunque pensemos lo contrario, cuando agarramos la mano de alguien no es por que tengamos la certeza de que conoce el camino adecuado, de que al hacerlo nos irá bien, sino por la confianza el sentimiento inefable de que, aunque no lo sea, aunque sea el equivocado no la soltarán, no nos dejarán recorrerlo solos.

Y es que la soledad puede ser una importante amenaza, la cual hemos buscado por esa tediosa manía de escindir, separar, e imponer diferencias donde no las hay o no hay necesidad. Sé que este mundo es víctima de la superpoblación, lo sé, no estoy loca; pero eso no quiere decir que podamos renunciar a ciertas personas, valores o ramas del conocimiento. Lo digo porque no puedo evitar aplaudir, admirar y compartir, de hecho, el amplio abanico de disciplinas que despliega la ciencia con la vista puesta en el futuro, pero no soportaría ver cómo queda huérfana por desidia o lo que es peor por falaz autosuficiencia. ¿De verdad vamos a dejar que la filosofía apure la cicuta una vez más? ¿No hay lugar en el mundo que forjamos para aquellos que aman el conocimiento? ¿Acaso ha olvidado la ciencia cuáles son sus raíces? Es más, ¿guardaremos silencio cuando la historia, el arte, la música o la literatura asciendan al patíbulo hacia el que ya caminan? Porque sabed, que nuestro miserable carácter solo nos hará llorarlas cuando hayan exhalado su último aliento, cuando cualquier intento sea en vano, sí, cuando ya sea demasiado tarde.

Dudo que tenga sentido, entonces hablar de ganar; cuando lo estamos perdiendo todo. Y por esa misma razón, no puedo evitar sumarme al vital cambio semántico que impulsó Delibes a lo largo de su vida para que el término “avanzar” no tuviera que significar, nunca más y bajo ningún concepto, tener que renunciar. Por esto lo tacharon de reaccionario. ¡Qué ingenuos! Sinceramente, no puedo entender que hay de malo en querer pasar página sin olvidar todo lo que ya se ha leído.

Imagino que le encantaría saber que hoy le leemos, pero, le enorgullecería mucho más saber que compartimos su sueño y que, animados por él, haremos lo imposible por hacer que se cumpla.

Es la adicción al vértigo la que nos ha llevado frente al abismo ante el que ahora estamos. Dudo que podamos permanecer mucho tiempo al borde y entiendo que volver no es una opción a estas alturas, así que, ya que tenemos que saltar pensemos, por un momento que no vamos a caer. Al fin y al cabo, si nunca hemos reunido el valor suficiente para desplegar las alas, ¿cómo podemos estar tan seguros de que no volaremos al hacerlo?

Y eso es a lo que os animo hoy, a que persigáis vuestros sueños, a que no os dejéis vencer, a que seáis lo que queráis ser, sin dejar de ser perfectamente incorregibles, claro.

¡Recojamos, todos juntos, el testigo que Delibes nos dejó!

¡Convirtámonos, a voluntad, y asumiendo toda responsabilidad, en los dignos herederos del mañana!

*Nerea López Bosque*